



Apuntes sobre Monseñor Oscar Romero

A propósito del Centenario de su nacimiento

MUÑOZ, Valmore

Facultad de Educación, UNICA

Maracaibo, Venezuela

vmuñoz@unica.edu.ve

A modo de introducción: Perdón, Mons. Romero

Este año, la Iglesia católica latinoamericana, se prepara para celebrar con júbilo que mira de frente a la justicia, la verdad, el amor y el sacrificio cristiano, el centenario del nacimiento de Monseñor Oscar Romero (1917-1980), asesinado cobardemente por odio a la fe. La muerte fue su «sino» desde el inicio de su arzobispado. Era rechazado hasta por un amplio sector de la propia iglesia salvadoreña, tanto que podríamos afirmar, sin temor a error, que la soledad fue su compañía más cercana. Soledad que se espesó a partir del brutal asesinato de su gran amigo y hermano, el padre Rutilio Grande. Su conservadurismo, su carácter reservado, su “venir de los libros”, su apatía hacia los asuntos más humanos, lo transformaron en el candidato ideal para tomar las riendas de la iglesia de un pueblo totalmente seducido por la violencia y la injusticia. Poco a poco, la jerarquía eclesial, los sectores más influyentes del universo político, militar y social, que celebraron su llegada en un principio, le fue dando la espalda, lo fue ubicando en la periferia, lo dejó solo y desnudo ante la convulsionada cotidianidad salvadoreña, pues no resultó ser lo que se esperaba. Tampoco contaba con el respaldo de los sectores más progresistas dentro y fuera de la iglesia. Efectivamente, estaba solo.

Esa soledad la fue a degustar en un pequeño cuarto que pidió para él detrás del altar de la Capilla de la Divina Providencia. No quiso ostentosis. No quiso abundancia material. Quiso la sencillez que le mantuviera los pies en la tierra, pero con la mirada puesta al cielo. Poco tiempo estuvo en ese pequeño cuarto detrás del lugar donde, tres años después, sería sacrificado como el Cordero en la cúspide del Gólgota. Las hermanitas le construyeron allí mismo una pequeña habitación, un poco más grande, donde pudiera vivir, con mayor comodidad, la profunda soledad en la cual lo dejamos padecer su agonía. Pequeño cuarto donde los pobres lo llamaban sin prevenir el juicio de la Iglesia. Allí, en compañía de su máquina de escribir IBM Execution, su pequeño grabador Bigstone, uno que otro libro

y sus sótanas, vivió la dulce amargura de aquel grito que Jesús lanzó desde la cúspide de la Cruz, como reflexiona Chiara Lubich, cuando el dolor llegó a un límite en el que toda la vida queda en suspenso. Qué bello fuiste, Romero, en ese dolor infinito compartido con el varón de dolores. Una belleza que no se supo contemplar. Una belleza que no se supo entender, pero que tu pueblo, el más marginado, el más humillado, el más solo de todos, sí pudo ver y por ello extendió sus escasas riquezas para cubrirte ante la fría y oscura intemperie a la que te sometieron las jerarquías. Por no haber sabido interpretar esa belleza sublime, hoy te pido perdón Monseñor Romero.

Monseñor Romero tuvo un amor preferencial por los pobres y aunque resaltó en su discurso a los campesinos de El Salvador, también queda claro que su referencia no sólo se enmarcaba en la pobreza bajo el prisma de lo económico. El amor de Romero no distinguió ni excluyó a ninguna clase social, por el contrario, aupaba a la apertura de los mejor acariciados por la fortuna económica hacia los menos favorecidos, pero su llamado no tuvo oídos. Fue un mensaje sin destino. Su discurso estaba en perfecta sintonía con el recuerdo vivo de Juan XXIII, Pablo VI (quien fue su profesor), por esa Iglesia en salida que pregonó el Vaticano II, en especial, con la Doctrina Social de la Iglesia que, bajo el inconfundible signo de la solidaridad, del respeto y del amor, gritó que era la persona del hombre la que hay que salvar, es la sociedad humana la que hay que renovar. Así como solicitaba la Iglesia, Monseñor Romero defendió hasta entregar su vida por el derecho de los pobres. “Si hay junto a ti algún pobre de entre tus hermanos, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás lo que necesite para remediar su indigencia” (Dt 15, 7-8). Monseñor Romero no se inclinó por ningún sector político ni ideológico en particular, tan sólo se dedicó hasta el extremo a promover “la dignidad y la vocación integral de la persona, la calidad de sus condiciones de existencia, el encuentro y la solidaridad de los pueblos y de las Naciones, es conforme al designio de Dios, que no deja nunca de mostrar su Amor y su Providencia para con sus hijos”, así como lo anuncia la Doctrina Social de la Iglesia.

¿Se hizo extremo su discurso? Sí, pero en la medida en que se hizo extremo su amor por Dios, por la Virgen y por la Iglesia. ¿No eran tiempos extremos aquellos? Y mientras más solo se sentía Romero, mientras más gente marcaba distancia con su olor a cadáver inminente, más fuerza cobraban sus palabras, aunque nunca se escucharon desesperadas. “¿Cómo quieres que hable en esta hora de la historia?” nos preguntaba en una de sus magistrales homilias. Muy claro estuvo siempre que él era un pastor, un guía espiritual y no un líder social, político o funcionario de un orden secular. Monseñor Romero, como la propia Iglesia, “no necesita acudir a los sistemas ni a las ideologías para amar, defender y hacer su trabajo en la liberación del hombre” (San Juan Pablo II). Lo cierto es que, la soledad que envolvió a Romero y la dureza de corazón de quienes lo dejaban solo, transformaron a este hombre del pueblo que sufre, como sufrió el pueblo de Karol Wojtyła, en un adalid de la confusión punzante que fue la Teología de la Liberación y como simpatizante del comunismo fue servido a los oídos del Papa Juan Pablo II. El Santo Padre vivió una experiencia personal muy cruda y amarga con el comunismo polaco y bajo esa espesura hubo un par de encuentros con Romero, como escriben Bernstein y Politi en «Su Santidad», “el Papa no estaba muy alentado por el deseo de entender que por la intención de luchar contra un enemigo (la Teología de la Liberación) en emboscada”. Desgraciadamente, no le brindó la oportunidad a Monseñor Romero, no logró ver que, como él mismo lo hiciera en su Polonia natal, también predicaba al Evangelio como resolución de todos los problemas sociales y políticos y de todos los sufrimientos del hombre. El

Papa Juan Pablo II también lo dejó solo, pero se dio cuenta de ello y pidió perdón, aunque muy tarde.

Monseñor Romero vivió sus últimos días con mucho miedo, pero no miedo a la muerte. Su temor era ser desaparecido, que nunca más se supiera de él como ocurrió con miles de campesinos salvadoreños. A pesar de ello, de ese temor legítimo y humano, parecía no perder, al menos en apariencia, su calma, su natural tranquilidad y equilibrio. Comenzaron a llegar amenazas de muerte, cada vez más terrible y descarnada. Una de esas amenazas decía: “Por ser traidor a la Patria y por estar levantando al pueblo contra su legítimo gobierno, esta unión patriótica LO CONDENA A MUERTE igual que hemos matado a tanto CURA comunista ¡Viva el Salvador! ¡Muera el comunismo ateo!” ¿Qué hacemos con esto, Monseñor?, le preguntaban. “Hay que archivarlas”, les respondía con solvente calma. “Pero, Monseñor, ¿cree que lo van a matar, que van a cumplir?”, le preguntaban angustiados los más cercanos. “Sí, les respondió, me van a matar”, pero “Dios va conmigo, y si algo me sucede, pues estoy dispuesto a todo”. Esa serenidad que, al mismo tiempo, era resignación, resignación a comprender que el destino del cristiano es la cruz, muestra a todas luces dónde radica la fuerza vital del católico. Resignación que asumió con la alegría de quien espera recibir las promesas de Jesucristo. La alegría de la cruz: signo de contradicción.

¿Cómo pudieron dejarte solo, Monseñor? ¿Cómo? ¿Por qué? Estas preguntas me las vengo haciendo desde hace meses. Y no fue hasta llegado el pasado mes de diciembre cuando logré comprender gracias a la lectura que hice de un libro de José Luis Martín Descalzo llamado «Razones para el amor» (1986). En uno de los artículos que conforma el libro titulado El Color de la Sobrepelliz, Martín Descalzo escribe: “Cuentan los historiadores que durante el mes de octubre de 1917, la Iglesia ortodoxa rusa vivió una tremenda discusión sobre el color que deberían tener las sobrepellices en las solemnidades litúrgicas. Un grupo defendía, con fuertes argumentos, que deberían ser blancas. Pero otros sostenían, con no menos importantes razones, que el color apropiado era el morado. Y ninguno de ellos se enteró de que en aquel mismo mes se preparaba y estallaba la revolución rusa, que iba a cambiar la historia de todo nuestro siglo [...] No es éste, desde luego, el único caso de ceguera humana. El papa León X celebraba corridas de toros en Roma mientras Lutero iniciaba su Reforma [...] Y es que, curiosamente, los hombres todos somos terriblemente cortos de vista, y el mundo puede arder a tres palmos de nuestras narices sin que nos enteremos. Porque, curiosamente, el sentido que menos desarrollado tenemos es el que olfatea los tiempos históricos que vivimos [...] a la misma hora en que Cristo moría, en el momento en el que giraba la página más decisiva de la historia, había, al pie mismo de ese hecho tremendo, unos hombres jugando a las tabas. Y lo último que Cristo vio antes de morir fue la estupidez humana: que un grupo de los que estaban siendo redimidos con su sangre se aburría allí, a medio metro”.

Creo que eso explica muy bien, al menos eso pienso, lo que ocurrió durante aquellos años de confusiones, dolores, sacrificios y privilegios. Creo que eso explica por qué dejamos solo a Romero. Quizás no lo explique, pero nos hace sentir, de alguna manera, menos culpables, menos responsables. Por eso, estas últimas palabras de este artículo van dirigidas a ti, Monseñor Romero. Voy a celebrar el centenario de tu nacimiento, pero siento que, de alguna manera, antes de hacerlo, tengo que pedirte perdón. Perdón porque, nuestra indiferencia con los más necesitados espiritual y materialmente hablando,

nos hace cómplices y contrarios a la fe que nos ufanamos en profesar, que era tu fe, por la cual ofrendaste tu vida. Perdón Monseñor, por haberme negado a escuchar el sufrimiento de los inocentes. Perdón, porque cada vez que di la espalda, tú volvías a caer en aquel altar de la Capilla del hospitalito y, cada vez que tú caes, un clavo sigue reteniendo a Cristo en la cruz. Tú no te quedaste callado, a pesar de que estuviste solo ante la oscuridad de la noche. Te obligaron a adentrarte en la historia de tu tiempo para luego dejarte a tu suerte, para que los hechos, la incommensurable realidad te interpelaran. Te abriste con honestidad cristiana a un diálogo con esa cruda realidad y no tuviste miedo de hablar con todos: con el gobierno, con opositores, con guerrilleros, con militares, con quienes te dieron la espalda, con todos, y pese a los resultados, casi siempre adversos, nunca perdiste el optimismo y la esperanza. Te pido perdón, Monseñor Romero, te pido perdón por haberte dejado solo.

Dios trae liberación y alegría

El cristiano que no sienta con alegría la cercanía de Dios en la historia, su propia historia, no comprende la esencia de su fe. Esto lo resaltaba Monseñor Oscar Romero el 16 de diciembre de 1979, tercer domingo de adviento de aquel año y que sería, como sabemos, el último que viviría entre nosotros. Monseñor Romero vivió como Arzobispo de El Salvador tres advientos y hoy quisiera recordar las tres homilias de esos tres terceros domingos, no sólo para celebrar junto a sus palabras el adviento que nos toca vivir aquí y ahora, sino como preparatorio para una espera muy particular: la celebración del centenario de su nacimiento. Homilias entrelazadas con el amor que punza y da vida a la amistad, la verdadera, que tiene su mirada puesta en Cristo para caminar seguro a través del dolor y el sufrimiento de su pueblo que fue su propio dolor, su propia conversión, consagrado por su martirio. Es tiempo de adviento: invitación a convertirnos para que Cristo mire nuestra fe y se apiade de nosotros.

Cada una de sus homilias de aquellos domingos tan lejanos, pero que, por la gracia de Dios y miseria del hombre, hoy se vuelven tan cercanos, están llenas del convencimiento de que tiene que vencer el amor, es lo único que puede vencer. Un amor profundo, violento como el mismo amor de Cristo, que quema las entrañas y de cuyo ardor brotan como chispas palabras que, como muchas veces dijo, no quería decir, pero tenía que decir. Un amor en constante apertura que le susurraba al oído su valor como persona, que es el mismo valor de todos los hombres, porque somos criaturas de Dios “y Dios ha hecho derroche de maravillas en cada hombre”. Homilias que invitaron siempre a ser perseverantes con Cristo, fieles a su doctrina que es llamado perenne a la cordura, a la comprensión, al amor. Una doctrina forjada en la cruz como reflejo del deseo de Jesucristo de absorber en su propio cuerpo toda la violencia del odio, de la incomprensión, para que los hombres no tuvieran que vivirla y hacerla vivir, para que los hombres aprendiéramos a perdonarnos. Una doctrina que hoy tenemos la oportunidad de volverla a recibir vibrante y rotunda en cada uno de nuestros corazones vuelto pesebre para que, como en aquella noche en la periferia de Belén, la salvación sea el norte y nosotros instrumentos de su Paz.

Monseñor Romero vivió el Evangelio que pierde y enamora. Lo vivió en esa extraña

dimensión dentro de la cual todo parece nuevo, pues, en sus palabras y en su vida se pudo percibir cómo su cuerpo y su alma eran sometidos por el Espíritu que le abrasaba los nervios hasta pedir a gritos vivir en Dios por medio del dolor de su pueblo, y aunque no hizo distinción social alguna, no ocultó su opción infatigable por los más pobres, en cuya situación se revelaba la pobreza de los más ricos haciendo de ellos los verdaderamente más pobres porque “la Iglesia aprecia al hombre y no puede tolerar que una imagen de Dios sea pisoteada por otro que se embrutece pisoteando a otro hombre”. El amor de Monseñor Romero por los hombres, que es el mismo amor de la Iglesia, está forjado en los tesoros del Evangelio entre cuyas líneas brota fecundo el amor de Cristo que es el único verdadero, pues es aquel que todo lo soporta, todo lo cree y siempre espera y comprende que en el interior de todos se puede sentir al Verbo total. De ese amor vienen cargadas sus homilias, en especial, las correspondientes a sus tres terceros domingos de adviento.

La primera de sus homilias a las cuales nos referiremos corresponde al domingo 11 de diciembre de 1977. En ella nos presenta a la Iglesia como instrumento para la Salvación, ya que su misión es salvar como Cristo y esta es su función y no otra. Ahora bien, para él estaba muy claro que, como expresa el Concilio Vaticano II, Dios sigue salvando en la historia de los pueblos y la Iglesia no puede bajo ninguna excusa o pretexto “prescindir de la historia concreta del ambiente en que tiene que desenvolverse”. Lógicamente, debe hacerlo desde una perspectiva moral nacida del corazón del Evangelio, pues, de otro modo, podría desviar vergonzosamente su participación y desempeño en esa historia concreta. Una Iglesia obligada y que exhorta a mantenernos firmes, pues está cerca –siempre está cerca– la venida del Señor. Una Iglesia que está obligada y exhorta a vivir a partir de la humildad de Juan, el bautista que no aceptó la vanagloria de ser reconocido como salvador y que predicó siempre que la salvación no es una salvación a ras de tierra, precisamente por eso dice Mons. Romero que “la Iglesia mira con lástima a estos libertadores que no tienen la audacia de levantar sus esperanzas hasta donde la Iglesia las puede levantar”. Una Iglesia, que mira a Dios como único salvador del hombre, y desde allí alcanzar la liberación de cada uno, es decir aquella que parte de la verdadera libertad de corazón del ser humano, del pecado. “Por eso tiene que esperar de un Dios que puede perdonar el pecado, la raíz de la liberación. La liberación que la Iglesia espera es una liberación cósmica. La Iglesia siente que es toda una naturaleza que está gimiendo bajo el peso del pecado”. Por ello, la Iglesia no puede soportar, ni tolerar, ni excusar, ni justificar, ni acompañar la opresión, la iniquidad, la injusticia, el atropello de la dignidad humana. No puede respaldar ideologías cuyo resultado sea el llanto y el gemido sin sentido, ya que estaría negando su propia naturaleza, su propia raíz, su propio sentido. Por ello apela y espera en una liberación, “que no sea sólo el bienestar material, sino que sea el poder de un Dios que librará de las manos pecadoras de los hombres una naturaleza que junto con los hombres redimidos, va a cantar la felicidad en el Dios liberador”. La Iglesia de Monseñor Romero que es la misma Iglesia de Cristo que es la misma del Concilio Vaticano II es país del adviento, que espera, ayuda a esperar, pero, al mismo tiempo, busca construir, la liberación del hombre.

El 17 de diciembre de 1978 pronuncia la segunda de las homilias a las que hacemos referencia en este tercer domingo de adviento. En esta oportunidad ahonda en el espíritu del adviento que busca concretarse en la historia del hombre por medio de la fe y la vigilancia, hambre y pobreza espiritual y una

actitud de presencia y de misión en el mundo, es decir, “hacer presente lo divino que el mundo necesita”. Por ello, fija su mirada en el misterio de la Encarnación: Dios se hace carne para liberar a la propia carne de sus limitaciones. “La carne es el hombre concreto, la carne somos los que estamos aquí: hombres en los cuales se puede ver la marca del tiempo, el niño que comienza a vivir, el joven ya robusto, el hombre viejo que está terminando, la carne va siendo marcada por el tiempo. La carne es la situación concreta del hombre, del hombre en pecado, del hombre angustiado por sus situaciones, del hombre que es patria con una historia que parece que se ha mantenido en un callejón sin salida. La carne somos todos los que vivimos encarnados. Esa frágil carne que tiene principio y se acaba, que se enferma y muere, que peca, que se hace desgraciada o feliz, según su obediencia a Dios. Eso se hizo el Verbo, se hizo carne”. Y ese misterio nos habla de la dignidad del hombre concreto, a pesar de sus múltiples limitaciones. Dios se hace carne y brinda sentido más allá de lo meramente humano a cada hombre. El hombre es capaz de Dios, dirá San Agustín, “y lo bello es que esa encarnación la ha querido prolongar el Señor en su Iglesia”. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo en la Historia. Ese hombre que grita bajo el sol en una cola por comida es Iglesia. Ese hombre que sale con las manos vacías y el corazón adolorido de las farmacias es Iglesia. Ese hombre que llora sobre el cuerpo ya sin vida en la calle sin vida es Iglesia, pero, al mismo tiempo, ese hombre que especula con los precios de la comida para hacerse rico con la necesidad de otros es Iglesia. Ese hombre que interrumpe el acceso de los medicamentos a los enfermos es Iglesia. Ese hombre que apretó el gatillo en la oscuridad de la noche para que un dolor amaneciera en una familia, también es Iglesia. Sí, un misterio incómodo, pero en el que estamos llamados a penetrar sin miedo, pues “la Iglesia tiene que ir con Cristo sin tenerle miedo que le digan que está comiendo con publicanos y prostitutas”.

El 16 de diciembre de 1979, Monseñor Romero, nos regala la última de sus homilias correspondiente al tercer domingo de adviento. En ella, pese a la alarmante situación personal que veríamos concretada en su asesinato pocos meses después, nos deja un regalo maravilloso del cual sostenernos en medio de las oscuridades: la alegría que trae Dios para la liberación de los hombres. Monseñor resaltaba ese domingo como tiempo en el cual se comenzaba a desarrollar un ambiente en el cual circulaban tarjetas de felicitación de Navidad. La Iglesia también nos da su felicitación, “pero no en una forma superficial, de conveniencia, de relación social; sino un mensaje que nos lleva a profundizar el porqué de esta alegría y que aún aquellos que sin creer en Cristo ven acercarse la Navidad sienten que algo alegre se acerca al mundo”. La alegría que nos trae Dios es aquella que nos recuerda que somos sujetos-objetos de la historia de la salvación. Un Dios viviente que acompaña la historia y nos va ofreciendo un dinamismo que camina con y junto a su pueblo. Un Dios que actúa y “que inspira a los hombres en sus esfuerzos liberadores, un Dios que no mira con indiferencia el clamor de los que sufren, que como en Egipto escucha la esclavitud, el latigazo, la marginación, la humillación”. Por ello, debemos estar siempre alegres, pues Dios ofrece la liberación bajo el signo de la alegría. “Dios es posibilidad de todo lo bueno, Dios es omnipotencia para hacer el bien y el amor”. La alegría que nos trae Dios por medio de Jesucristo lleva en su seno la paz verdadera. “En las crisis de los pueblos saber que Dios tiene la clave de la historia en su mano y sabrá sacar a flote toda esa tremenda situación de la Patria, equivale esta alegría, a la Paz de Dios que sobrepasa todo juicio”. Alegría que puede abrirse al hombre a pesar de las tribulaciones porque es una alegría que dimana de la revelación “y la redención se ha hecho con cruz, el dolor del hombre es cruz y que como cruz trae redención, y debe dar paz, alegría de pascua, esperanza de resurrección”. Alegría que no es conformismo, todo lo contrario, es una alegría que da ánimo e impulsa a la acción en todo hombre. Esa es la alegría que estamos a punto de recibir en nuestro corazón, pesebre donde debe

ahora nacer Aquel que viene en nombre del Señor y que, sin duda, nos abre a una dimensión de apertura al cambio antropológico necesario para entrar con verdadero paso firme a una dimensión de la vida más digna a la cual todos aspiramos. Que Monseñor Oscar Romero, ahora en la casa del Padre, interceda junto a la Virgen María, por nosotros acá en la tierra.

El Dios personal de Monseñor Romero

El 10 de febrero de 1980, Monseñor Oscar Romero, nos ubicó antropológicamente frente a una verdad inmensa y profunda: el hombre se conoce al encontrarse con Dios, puesto que es, a fin de cuentas, su única y verdadera vocación, ser imagen y semejanza de su Creador participando de su vida y de su gloria. Cada hombre, cada uno de nosotros, tanto los hombres del pasado, como los del presente y los del futuro, tiene en la profunda intimidad de su ser una conciencia, una especie de cámara secreta, dirá Romero, a la cual Dios baja a hablarle y dentro de la cual decide su destino. Ese Dios que viene, que existe no es algo estático, abstracto, metafísico, un concepto al que todos echan mano y deforman. Romero hará permanente referencia a un Dios vivo, participante de la historia, un Dios dinámico. Se trata de un ser, dirá el 9 de marzo de 1980, pero de un ser activo, “no es un ser sólo de existir. Cuando Dios le dice (a Moisés): «yo soy el que soy, soy el ser», le quiere decir: yo soy la presencia dinámica, yo soy el que se debe descubrir en el dinamismo de la historia, yo estoy presente en las intervenciones de todos los poderes del mundo, yo soy la fuerza de los astros y de los mares, yo soy el que hace que sean las cosas [...] no tengan de mí una idea abstracta, un Dios que está allá en los cielos y que ha dejado la tierra a los hombres; no es eso exacto”.

Monseñor Romero, que se forjó en una biblioteca, marcó distancia del Dios de los filósofos, el de las reflexiones, del Dios de Atenas. Ese, para él, no era Dios. Monseñor Romero hunde todo su ser en el Dios de Jerusalén, aquel que no pide tantas elucubraciones, pero que sale siempre al encuentro porque es un Dios «con» el mundo, un Dios con los hombres. Un Dios que es una realidad sobre la que el hombre puede hablar, es una persona con la que se puede hablar, nos acompaña, nos interpela personalmente en el compromiso con la humanidad del hombre participando de la opción por la humanidad de Dios. Aquí es justamente donde se forja el conflicto y Monseñor Romero lo vio claramente: la razón por la cual el hombre suele olvidar de Dios es por considerarlo ajeno a lo humano, a los problemas y complejidades humanas. En sus palabras y sus acciones ardían con fuerza lo que acababa de afirmar el recién electo Juan Pablo II, hombre que, como él, venía transido por el sufrimiento y el dolor. El papa polaco afirmaba que el hombre es una realidad singular, pues es persona, tiene una historia propia de su vida y, en especial, una historia propia de su alma, es un fenómeno irrepetible. Para el Papa que venía de lejos como para Romero, la persona es un carácter anterior al de individuo, en ella el hombre halla toda su singularidad. Ella define al hombre y es justo allí donde, a juicio de Monseñor Romero, la relación con Dios muestra toda su claridad. “Dios es persona, por lo tanto, en Dios encontramos la clave para comprender al hombre como persona, ya que en la gloria de Dios se revela la dimensión del hombre”.

El Dios de Monseñor Romero es uno cercano, muy cercano, es un Dios que nos acompaña, va con

nosotros, habita en nuestras penurias, en nuestros dolores, habita junto al que sufre, pero, curiosamente, también junto al que hace sufrir. Dios es dinámico, “un Dios que camina con su pueblo, un Dios que actúa y que inspira a los hombres en sus esfuerzos libertadores, un Dios que no mira con indiferencia el clamor de los que sufren, que, como en Egipto, escucha la esclavitud, el látigo, la marginación, la humillación”. El Dios de Romero está muy presente en las debilidades del hombre, cercano, siempre muy cercano, escuchando la espesa súplica de los pobres que caminan con esperanza hacia su liberación. El Dios de Romero es aquel que caminó con su pueblo en el Éxodo, es un Dios acompañante cuya sombra brinda alegría, que quiere que los hombres “gozen la felicidad de la tierra, la alegría de vivir, la felicidad de amar, de compartir, de hacer fiesta. Dios no es un Dios triste. Dios es Dios-fiesta, Dios-festín, Dios-alegría”. Este Dios de Romero quiebra la impersonalidad, la racionalidad, la frialdad de aquel que viene de los libros. El Dios de Romero es una potencia que inspira a los desolados desde la cercanía del amor, por ello insistió en decir que “ningún pueblo debe ser pesimista, aun en medio de las crisis que parecen más insolubles, como las de nuestro país. Dios está en medio de nosotros. Dios está cerca, fuente de alegría”.

Es un Dios manso, pues es dueño de una ternura entrañable que, en modo alguno, quiere ni es causa de ningún mal, de ningún sufrimiento humano. El mal que produce sufrimiento al hombre forma parte íntima de su imperfección evolutiva, pero algo quiere dejar bien claro Monseñor Romero: Dios no nos ha hecho para el sufrimiento. “Se ha dicho en forma bella y profunda que nuestro Dios en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación, y la esencia de la familia que es el amor. Este amor es la familia divina, es el Espíritu Santo”. Dios es amor y más que ser amor como cosa ajena, Dios es en sí mismo Amor, un amor mucho más ardiente y caluroso que el amor humano, pues “Dios nos ama más que una madre”. Ese amor ardiente como una llama es tejido desde la misma carne de un Dios encarnado. Un Dios que vibra y respira también en el mundo cotidiano, en el universo de lo humano y que, por esta razón, siente como suya la situación del sufrimiento del hombre y lo siente de manera muy especial, ya que siente el dolor del que sufre, pero también de quien lo hace sufrir que sufre de un dolor mucho mayor aunque no logre comprenderlo. Romero nos habla constantemente, y actúa en consecuencia, de un Dios que se solidariza asumiendo el sufrimiento del acongojado, del sufriente, del oprimido y, al mismo tiempo, se transforma en invitación a que lo imitemos. Nos desnuda de manera maravillosa la parábola del samaritano para mostrarnos que Dios vive la historia y que comparte contigo y conmigo las vicisitudes de esa historia. “No es un Dios desencarnado de mi hambre, de mi realidad, de mi creación. Que es un Dios que se preocupa de mi cuerpo, de mi alimento”.

Este Dios amoroso, manso, encarnado, comprometido y cercano es absolutamente único como cada uno de nosotros lo es, de allí que siendo imagen y semejanza de ese Dios único, nosotros, cada uno de nosotros, también lo es en nuestra persona: somos únicos e irrepetibles, como única y personal es la relación de Dios con cada hombre. Esto es muy importante recalcarlo en un mundo que tiende a absolutizarlo todo cosificando la realidad y al hombre, relegando lo hondo humano que, si queremos, podemos señalarlo como experiencia mística violando de manera brutal la conciencia humana. De allí el duro señalamiento que en una homilía del 14 de mayo de 1978 hiciera Romero al señalar que una religión superficial, legalista, utilitaria es tan sólo una pobre fachada de piedad, como pobre son los rezos, el ritualismo, la prácticas religiosas que terminan transformando al culto en mero negocio. “El fariseo

puede rezar mucho, pero tergiversa el verdadero sentido de la religión, porque desprecia al otro”. El amor al prójimo, esencia de la fe cristiana, importa infinitamente más que el formalismo ritual, pues es ese amor el que le brinda contenido y sentido. El amor al prójimo tendría que ser la fuente de donde mana la oración: “Hay un solo Dios. Lo único absoluto, lo trascendente, Dios, el gran Bien. Querer solo a Dios como absoluto. No hay más que un solo Dios que no puede admitir ídolos. No absoluticemos la riqueza, ni la lucha, ni el partido, ni la organización. Nada tiene valor absoluto en esta tierra; todo es relativo frente al único Absoluto”. Y sólo la fe en ese Dios es la que puede permitir que el hombre descifre su propio problema y el del mundo. Al sacudir del hombre la potencia de la fe en Dios, “todo el misterio del mundo y del hombre se torna un misterio insalvable”.

El Dios de Romero parece rozar con la idea de Dios que tejó Xavier Zubiri (1898-1983) quien, según Ignacio Ellacuría, fue inspiración fecunda para los teólogos de la liberación. Para Zubiri, Dios es un ser vivo al que se ve aproximada la persona humana en el propio tejido de su vida personal. Afirma Ellacuría que la cuestión del hombre, la cuestión de la historia y la cuestión de la salvación del hombre y de la historia no se pueden pensar con propiedad si no se considera seriamente a Dios, pues se trata de una dimensión que religa al hombre a algo más que sí mismo, por eso, dijo Monseñor Romero, ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios. Para Monseñor Romero, Dios no es el Dios de Zubiri, ni tampoco el Dios de la Teología de la Liberación. Para Monseñor Romero, Dios, su Dios personal, es el Dios de Jesucristo que motiva a los hombres a tener un oído puesto en Dios y el otro en el canto amargo de la vida de los pobres. “Nuestra fe proclamémosla ahora, limpia de toda falsa idea de Dios, para creer y con amor agradecer al Dios presente en nuestro pueblo”. Dios es persona personalizante, es decir, es persona que nos hace persona en nuestro descubrimiento como tales y nos descubrimos como tales cuando descubrimos la persona en el otro. En ese descubrimiento comprendemos que “Cristo subiendo a los cielos es el ideal de la verdadera promoción del hombre, que culmina en la identificación con el mismo Dios”. Para Monseñor Romero vivir era vivir en Cristo, con Cristo y para Cristo que es igual a vivir en el pueblo, con el pueblo y para el pueblo. Vivir es dejarse acompañar por Dios que es la vida, es la evolución, es la novedad, “Dios va caminando con la historia del pueblo” y el pueblo, el hombre, cada hombre, que se deja acompañar.

Jesucristo resucitó y vive en la Iglesia

Jesucristo ha resucitado y lo ha hecho apareciendo como hombre, caminando junto a sus discípulos, permitiendo que toquen sus heridas y comiendo pescado asado, es decir, ha resucitado demostrando verdadera corporeidad. Sin embargo, ninguno logra reconocerlo a primera vista. No lo reconoce María Magdalena, ni Pedro ni Juan en el lago Tiberiades, ni Cleofás y el otro discípulo que caminaban hacia Emaús. No lo reconocen a las primeras de cambio, es verdad, pero luego de un gesto de servicio de Cristo, estos logran reconocerlo, como escribe Benedicto XVI, lo reconocen desde dentro. “Jesús llega a través de las puertas cerradas, afirma el papa Emérito, y de improviso se presenta en medio de ellos [...] es plenamente corpóreo. Y, sin embargo, no está sujeto a las leyes de la corporeidad, a las leyes del espacio y del tiempo”. Jesucristo ha resucitado y su resurrección nos permite ahondar, no sólo en el sentido profundo de lo que esto significa, sino también, en el valor que se haya impreso en el corazón

de todos los hombres, de cada uno de manera íntima y personal. De ese sentido nos ayuda a reflexionar Mons. Oscar Romero para decirnos que Jesucristo resucitó en la Iglesia, en su Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

La potencia de la resurrección del Señor llena de un nuevo valor a toda la existencia y a todo lo existente, ya que este nuevo gesto de su amor incondicional lo ha purificado todo y a todos. “No llores inmundos lo que Dios ha purificado. Desde que Cristo, el Hijo de Dios, ha muerto por todos los hombres no hay ya distinción entre los hombres”, dice Romero con San Pedro. Por esta razón, está convencido el mártir salvadoreño que, no hay razón válida ni sensata para la constitución de clases sociales, religiosas, políticas; todos somos hermanos y todos estamos llamados a la salvación. Monseñor Romero, junto a San Pedro, nos invita a comprender que para Dios no hay acepción de personas, pues Cristo vino por todos. Cristo vino por cada uno de nosotros. Murió por cada uno de nosotros. Venció a la muerte por cada uno de nosotros. Volvió de la muerte, “de la basura, de la profundidad del abismo al que descendió a los reinos de la muerte y de la sombra, surge ahora el Divino Resucitado, verdaderamente ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo” por cada uno de nosotros.

Jesucristo resucitado vive en la Iglesia, vive en su Iglesia. Romero explica que la historia de la resurrección que celebramos cada domingo y que consideramos especialmente por estos días, es el testimonio fundamental, esencial, de una Iglesia Apostólica. “La resurrección de Cristo es el título que la Iglesia muestra al público para justificar su pretensión de ser ella un instrumento de la salvación del mundo”. ¿Por qué? Porque Cristo resucitado sopla en la Iglesia naciente su espíritu. “Y soplando, como el soplido del Génesis cuando a aquel ser de barro Dios sopla el espíritu de vida, Cristo que es Dios, insufla toda su misión de redención al mundo en este organismo que Él ha creado”. Cristo vive y no sólo lo hace en su cielo, sino en su comunidad de creyentes en la tierra. Una comunidad de vida. Una comunidad que se acompaña. “Una comunidad de vida era una vida en común hasta el punto de vendían sus cosas y las traían a los apóstoles para que las administraran; y nadie sufría, todos eran iguales”, ya que Dios es amor y el que vive en amor, vive en Dios y Dios en él. Amor que vuelve a la vida todo aquello que está muerto. Jesucristo resucita en el amor que aprende a compartir quebrando las barreras, las brechas y tensiones sociales.

La resurrección de Cristo de la cual da testimonio constante su Iglesia es la que obliga a los creyentes a una transformación, a un cambio antropológico, a volver de la muerte con la cual pretendemos vivir la vida. Monseñor Romero nos pide mirar y tender la mano a muchos hombres de nuestro tiempo, “angustiados de tantos problemas, desesperanzados, a los que buscan paraísos en esta tierra”. Nosotros, junto a la Iglesia, madre y maestra, estamos llamados a decirles, a pedirles que no busquen paraísos en este mundo, en esta tierra. Juntos busquemos en el corazón de Cristo resucitado, desahogemos en Él “nuestras penas, nuestras preocupaciones, nuestras angustias, y en Él pongamos nuestras esperanzas. El ungido con el Espíritu de Dios tiene en su aspecto humano y glorioso la respuesta para todos los hombres”. La resurrección nos llama con urgencia a transformarnos cada uno de nosotros en comunidad de vida, comunidad de amor. Dice un proverbio africano que hace falta la aldea entera para hacer crecer a un niño. Desde su origen, lo muestra en pensamiento y acción Mons. Romero, la Iglesia católica ha señalado que, por ser creación de un Dios comunitario, el ser humano está llamado a la relación, a la unidad, a la comunión. Para los cristianos de los primeros tiempos la realidad fundamental

de la Iglesia es ser comunión, ya que, ella, más que una infraestructura de piedras sobre piedras, es un espacio dentro del cual brota un corazón compartido por la fe. Por ello, San Gregorio de Nisa afirma que quien tire del eslabón que está en el extremo de una cadena [Cristo], “por medio de este único eslabón arrastra a todos los que están unidos entre sí ininterrumpidamente”. La antropología cristiana tejió la concepción de «Persona» como categoría relacional a la luz del Evangelio, experiencia que se nos revela por medio de la intensidad del amor capacitado para entrar en sintonía con el Otro que responderá en la misma frecuencia amorosa. Esa frecuencia amorosa viene de la sagrada fuente trinitaria y, donde estén los tres, dirá Tertuliano, allí está la Iglesia que es el cuerpo de los tres.

Afirma Monseñor Romero que cada vez que le toque hablar de la Iglesia, lo hará también con un sentido de reparación por que se le ofende con harta frecuencia y de manera brutalmente injusta en muchas ocasiones, en especial, porque se le considera únicamente como un sistema de hombres y se le acusa de muchas cosas indignas. “Y es la luz de Cristo resucitado en que la Iglesia presenta el rostro de Cristo paciente, expuesta todavía a que la escupan, a que la latiguen, a que la difamen. Pero sabe que por dentro, en su corazón, lleva la esperanza, la gran misión de nuestro Señor Jesucristo”. Estamos conscientes de que no todos vieron la gloria de la resurrección, es verdad, tampoco nosotros, y eso nos ha expuesto por siglos, más todavía hoy, a la burla y a la risa de los que piensan mucho. Sin embargo, Monseñor Romero muy claro en ello, nos anima junto a San Pedro, recordando que “a los testigos que en sus designios eternos Dios escogió continuando la línea de los profetas del Antiguo Testamento, les encargó ser los testigos, los hombres que anunciaran la resurrección del Señor y que dijeran que esa resurrección es causa del perdón de muchos pecados”.

Todos los bautizados llevamos la marca, el sello incuestionable de la muerte y de la resurrección de Cristo y junto al resucitado que arde en el corazón de la Iglesia, pues es su mismo corazón, escuchamos nuestra gran responsabilidad: “si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, no las de abajo”. Si hemos resucitado con Cristo vayamos sedientos a buscar en el seno de su Iglesia la redención, la alegría, la esperanza, la vida. Allí somos comunidad de vida, núcleo de la añorada civilización del amor. Hermanos cristianos, dice Mons. Romero, “somos seguidores de un hombre redentor que murió pero resucitó y vive una vida que no morirá jamás. ¡Ah! Si los cristianos viviéramos de veras la alegría y la esperanza de este sublime mensaje no habría tristeza en el mundo. Aun las angustias más pesadas, aún los problemas que parecen sin solución, encontrarían aquí una tranquilidad de Sábado Santo en que la tumba de Cristo no predica pesimismo, sino serenidad. Ha dicho que va a resucitar” ¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado! ¡En verdad resucitó! Y por ello, la Iglesia de Cristo que es una, santa, católica y apostólica, cree en la paz, aunque plenamente consciente de que la paz no se trata únicamente de ausencia de violencia y mucho menos se alcanza con violencia represiva. La Iglesia sabe y lo ha dicho desde el corazón que vence a la muerte que la paz social sólo se alcanza, sólo se logra como fruto de la justicia y no por medio de discursos floridos y preñados de buenas intenciones. Hablamos de justicia de carne y hueso, de realidad, tangible como real y tangible es el cuerpo de Aquel que volvió de la muerte por amor a nosotros. Por eso, con la misma garganta que grita la verdad de la resurrección, la Iglesia grita la necesidad de una construcción verdadera de la patria y del bien común y que reprimiendo con sólo operativos militares no se logra nada, no se alcanza nada, no se construye nada, todo lo contrario, sólo

sembramos más violencia.

En Venezuela, como en El Salvador de Romero, “la Iglesia está alumbrando con su lucecita en la noche: brillará la verdad, brillará la justicia, volverá el Señor y no se quedará nadie sin recibir su justa paga. La misión de la Iglesia es estar anunciando esta presencia viva del resucitado”. La Iglesia nos invita, una vez más, a vivir la cosas de arriba, es decir, la justicia, la paz, el derecho humano, el respeto al prójimo. “Vivir las cosas de arriba, indica Romero, quiere decir: la vida nueva del resucitado ya la tiene que vivir en esta tierra. No quiere decir: despreocuparse de las cosas de la tierra, sino manejar las cosas de la tierra con los criterios de la justicia del cielo”. Por ello, y con esto cierro –dejando abierto–, Monseñor Oscar Romero nos lanza una invitación valiente, invitación que fue él mismo en su persona y acción, “el cristiano tiene que estar como Cristo dispuesto a dar la cara ante Poncio Pilato, ante Herodes, ante los perseguidores; y con la serenidad de un cordero que es llevado al matadero esperar también en el sepulcro de su martirio la hora en que Dios glorifica; no es la hora que los hombres señalan, es la hora de un Dios que es el único que nos puede salvar; pero que esperar en Él apoyándose en Cristo, es el secreto de la verdadera liberación”. En la resurrección de Cristo que se vive en la Iglesia, nosotros, tú y yo, también resucitamos.

Bienaventurados los pobres de espíritu

En el plano personal, lo que llamamos Sermón de la Montaña o las Bienaventuranzas, es para mí uno de los momentos más luminosos y cumbres de todo el universo cristiano. En el Evangelio de San Mateo capítulo 5 entre los versículos 3 y 12, quedamos enfrentados al maravilloso compendio de la doctrina moral de Jesucristo. Nunca nadie ha dicho nada que se le pueda contrastar. Muchos enemigos de la Iglesia, como Renán, han reconocido que nadie nunca podrá superar el Sermón de la Montaña. En sus líneas sublimes y transparentes, Jesucristo lleva a la Ley Natural y a la Ley de Moisés a su esplendor de perfección. De allí, de la brevedad de sus líneas, la profunda Verdad del Evangelio nos llega desnuda buscando cobijo en nuestro corazón, de tal manera que, nuestra vida, nuestra vida de cristiano se transforme en testimonio pleno de la teología de las Bienaventuranzas. De eso, no me cabe la menor duda, se trató el magisterio de Monseñor Oscar Romero que lo condujo, al igual que a Cristo, a su propio y muy personal Gólgota. Monseñor Oscar Romero, mártir de la Iglesia de Cristo por odio a la fe, no fue, como algunos dicen, un adalid de la Teología de la Liberación, por el contrario, bajo el cobijo fecundo del Evangelio, del Concilio Vaticano II y de la Doctrina Social de la Iglesia, fue, en realidad, un teólogo de las Bienaventuranzas.

Monseñor Oscar Romero mirando seguramente a San Agustín comprendió que al examinar con fe y profunda seriedad el Sermón de la Montaña se encuentra la forma definitiva de vida cristiana, en lo que se refiere a una recta moralidad. Y esto no lo decimos a la ligera, sino que lo deducimos de las mismas palabras del Señor. En efecto, de tal manera concluye el sermón, que parece estar presente todo aquello que pertenece a una recta información de la vida cristiana. Las palabras que Jesús pronunció hace dos mil años en el Sermón de la Montaña, reflexiona San Juan Pablo II, son y serán siempre de vital actualidad, pues iluminan la historia. La Iglesia las ha repetido siempre y lo hace también ahora, dirigiéndolas sobre todo a los jóvenes de corazón generoso y abierto siempre al bien.

Antes de entrar a referirnos a la teología de las Bienaventuranzas de Monseñor Romero, considero pertinente recordarlas y recordarlas como lo que son: centro de la predicación de Jesús. En ellas recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abraham; pero perfeccionándolas y ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los cielos: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en los cielos”. (Mt 5,3-12) En el Catecismo de la Iglesia Católica este sermón es visto como el rostro de Jesucristo, la hermosa descripción de su caridad; “expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos” (CIC 1717). Monseñor Romero buscó siempre hablar desde el rostro abandonado y ensangrentado de Cristo, abrazado siempre a cada palabra de las Bienaventuranzas con la finalidad de ofrecer fuerza y coraje a los más pobres, objetivo indiscutible del amor cristiano.

Cada línea del Sermón de la Montaña tuvo protagonismo vivo en la vida y en el pensamiento de Monseñor Romero. Sus palabras siempre vinieron acompañadas por el aire fresco que seguro acarició las palabras del bello Maestro para desplegarse a través de la muchedumbre que escuchaba expectante. En cada una de sus homilias siempre se hicieron presentes aquellas viejas, pero siempre tan nuevas palabras que, si caen en tierra fértil, logran renovar, hacerlo todo nuevo de nuevo. Los pobres son los bienaventurados, pues la pobreza es una permanente denuncia divina, por ello, siguiendo el espíritu de Medellín, Romero señala que los pobres son fuerza de liberación. En tal sentido, nos invitan a asumir un espíritu y un compromiso, “y tendremos hoy, si Dios quiere, una idea clara de lo que tanto repetimos: que la Iglesia ha asumido una opción preferencial por los pobres... y que sólo puede ser verdadera Iglesia la Iglesia que se convierte y se compromete con el pueblo sufrido y pobre...” La Bienaventuranza que se esconde en la pobreza única al hombre frente la comprensión de la propia fe cristiana, ya que “Los pobres son los que nos dicen que es el mundo y cuál es el servicio que la Iglesia debe prestar al mundo... Los pobres son los que nos dicen qué es la política. En su origen político es la «polis», que quiere decir: Ciudad. Los pobres nos dicen qué es la «polis», qué es la ciudad, y qué significa para la Iglesia vivir realmente en el mundo, en la «polis» en la ciudad. Permítanme, les dije, que desde los pobres de mi pueblo, a quienes quiero representar, explique brevemente la situación y actuación de nuestra Iglesia en el mundo en que vivimos. Y comencé a contarles la aventura de nuestra Iglesia, aquí en El Salvador: «¿Qué es lo que hacemos?»”.

El corazón de las Bienaventuranzas nos mira directamente al corazón para recordarnos que la pobreza obliga al cristiano a asumirla como compromiso. “Cristiano, esta palabra es para mí en primer lugar, que debo dar ejemplo de ser cristiano, y para todos ustedes queridos hermanos sacerdotes, religiosas y todos ustedes bautizados que se llaman cristianos, oigan como dice Medellín: «La pobreza como compromiso, que asume, voluntariamente y por amor, la condición de los necesitados de este mundo para testimoniar el mal que ella representa y la libertad espiritual frente a los bienes, sigue en esto el ejemplo de Cristo que hizo suyas todas las consecuencias de la condición pecadora de los hombres y que “siendo rico, se hizo pobre, para salvarnos”». Este compromiso, sin duda alguna, trae conflicto, confusiones y persecución. Por tal razón, “Cristo nos invita a no tenerle miedo a la persecución porque, créanlo hermanos, el que se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino de los pobres. Y en El Salvador ya sabemos lo que significa el destino de los pobres: ser desaparecido, ser torturados, ser capturados, aparecer cadáveres...” Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa, nos dice Jesucristo.

Reconociendo la dignidad que arde en la pobreza, pero sin caer en el engaño que sobre ella se ha tejido para engañar, en especial, a los más sometidos a la ignorancia afirma que la línea que dice «Bienaventurados los pobres de espíritu» ha sido tergiversada por intereses oscuros, “muchos han falseado esta frase hasta el modo de querer decir que todos son pobres, hasta el que está oprimiendo a los demás. No es cierto. En el contexto del Evangelio «pobre de espíritu», —y como Lucas dice simplemente ‘pobres’—, es el que carece, el que está sufriendo una opresión, el que necesita de Dios para salir de esta situación”. En tal sentido, cuando la Iglesia que opta por los pobres sufre el mismo destino de los pobres, se transforma en la Iglesia de la Bienaventuranza, pues es cobijo de los que sufren, de los que lloran, de los que tienen sed y hambre de justicia, es decir, de los pobres. Y su lucha, es una lucha desde la paz, la misericordia, pero que, a pesar de ello, no se escapan de la persecución que culmina con la muerte moral o física.

Además, afirma algo francamente interesante y que hace una advertencia a muchos de los que, utilizando su imagen y su memoria, lo han tomado como justificación para sus revoluciones productoras de más pobreza: “Las Bienaventuranzas no las podemos comprender plenamente, y así se explica que haya sobre todo jóvenes que crean que no es con el amor de las Bienaventuranzas que se va a ser un mundo mejor, sino que optan por la violencia, por la guerrilla, por la revolución. La Iglesia jamás hará suyo ese camino, que quede bien claro una vez más, que la Iglesia no opta por esos caminos de violencia, que todo lo que se diga en este sentido es calumnia. Que la opción de la Iglesia es esta página de Cristo: LAS BIENAVENTURANZAS. No me extraña, digo, que no se comprenda, porque sobre todo el joven es impaciente y quiere ya un mundo mejor, pero Cristo, que hace veinte siglos predicó esta página, sabía que sembraba una revolución moral de largo alcance, de largo plazo, en la medida en que los hombres nos vayamos convirtiendo de los pensamientos mundanos”.

Quisiera concluir este recordatorio con el cierre de la homilía que leyó Monseñor Romero el 29 de enero de 1978, en la cual nos mostró la Iglesia de la Bienaventuranza, aquella que nos invitaba a sentir profundamente: “Y así, todas las Bienaventuranzas son una sub-versión de lo que el mundo cree pero está puesta pues, la semilla de una transformación que no la contemplemos terminada hasta que sea ya realidad esa meta que Cristo señala abriéndonos a horizontes infinitos, el Reino de los Cielos.

¡Bienaventurados los que caminan aunque les parezca que caminan a oscuras y que este camino no lleva a ninguna parte!, sigamos por allí, es el de Cristo, y llegaremos a esa meta que nos señala como esperanza y perspectiva la lectura de hoy”.

La justicia de Dios

Decía Monseñor Oscar Romero en una homilía que comprometerse con la palabra de Dios significaba comprometerse con la propia historia; exigiendo, a partir del corazón de ese compromiso (que es el sentir de la Iglesia), el reconocimiento, la crítica y el cambio de las estructuras injustas de toda sociedad que cause sufrimiento. Un compromiso que implica, sin duda alguna, la apertura al conflicto y a la persecución, el riesgo de la vida misma, por la causa de la paz y la justicia. De eso estaba conformada la idea que sobre la justicia de Dios tenía Romero y que le condujo a la muerte, pues, en la mayoría de los casos, la praxis nos dice que la justicia del hombre, o lo que el poder entiende por justicia, contraría a la justicia de Dios y la violencia suele decirnos al final cuál de las dos –al parecer– sale sobrando. La defensa que siempre hizo Romero de la verdad y la paz estuvo siempre atada de raíz a la justicia social, cuya fuente era, no lo dudó nunca, la justicia de Dios sustentada en el amor que siempre ha manifestado por su creación. El amor de Dios es la única violencia admisible para el hombre, ya que se trata de la violencia del amor que es aquella que dejó Cristo clavado en la cruz, que es la misma “que se hace una para vencer sus egoísmos y para que no haya desigualdades tan crueles entre nosotros”. La justicia de Dios es la violencia del amor que, en modo alguno, es la violencia de la espada o del odio, es la violencia de la fraternidad, “la que quiere convertir las armas en hoces para el trabajo”.

Las palabras de Romero, consagradas por su martirio, están fijadas mirando a Jesucristo y su justicia que es aquella fraguada a la luz de las bienaventuranzas con la finalidad de que sean nuestro caminar seguro por medio del dolor y el sufrimiento, y ese dolor, cuando está unido a la justicia divina, se transformará en Pascua de Resurrección. De tal manera que, para poder desentrañar lo que pensaba y sentía Romero sobre la justicia de Dios, tenemos que ahondar en sus ideas sobre verdad, justicia y paz que se estrechan en una misma realidad, cada una depende de la otra. La ausencia de una de ellas desestabiliza la armonía de todas poniendo en riesgo el equilibrio del hombre y la sociedad. Por ello, el compromiso de Romero con hacer realidad la justicia de Dios en la tierra dependía del compromiso con la realidad y la historia del hombre aquí y ahora. Esto, como es de suponer, implicaba un enfrentamiento directo contra el poder en todas sus formas y es allí donde el sentido del compromiso cobra definición.

La verdad para Monseñor Oscar Romero era la que brotaba fecunda, siempre fecunda, de los evangelios, que es palabra profética, pan de vida, sentido profundo de la realidad. Palabra que no podemos segregar de la realidad histórica, ya que “ánima, ilumina, contrasta, repudia, alaba lo que se está haciendo hoy en esta sociedad” y al comprometernos con esta Palabra, los hombres se comprometen con la historia. “Todas las costumbres que no estén de acuerdo con el evangelio hay que eliminarlas si queremos salvar al hombre. Hay que salvar no el alma a la hora de morir el hombre; hay que salvar al hombre ya viviendo en la historia”. Romero alimentó su idea de la verdad, no de atajos ontológicos o

gnoseológicos, sino de la propia fuente de los evangelios, pero también, y eso es más que evidente en sus homilias y discursos, en los documentos de la Iglesia que cobraban forma en la contemplación del rostro de los pobres. Una verdad que trascendió la frialdad de los libros cuando el asesinato de su amigo Rutilio Grande gritó en su corazón un matiz más profundo de ella. Episodio que lo comprometió con la misión de salvar al mundo de lo salvaje “para hacerlo humano y de humano, divino”. La sacralidad de la vida y la violencia como acción inhumana y contraria a la fe cristiana fueron verdades que procuró hasta el martirio sembrar en aquella sociedad salvadoreña tan convulsa.

Monseñor Romero fue uno de los grandes entusiastas del Concilio Vaticano II, recibido con mucho gozo y esperanza por la Iglesia latinoamericana, por ello se unió a la advertencia que hacía la Iglesia cuando afirmaba que “todo cuanto atenta contra la misma vida, como son el asesinato de cualquier clase, el genocidio, el aborto, la eutanasia, y el mismo suicidio voluntario, todo lo que viola la integridad de la persona humana [...] son totalmente opuestas al honor debido al Creador”. Bajo la luz del Vaticano II, Monseñor Romero no titubea para afirmar que la vida es sagrada y por tanto “merece por sí misma, en cualquier circunstancia, su dignificación”. Nada, absolutamente nada puede legitimar la interrupción de la vida en nadie. Nada que signifique un atentado contra la vida de un ser humano, en ningún sentido, en ningún campo semántico, es admisible. “Matar es insultar al Creador: el mandamiento del Señor, no matarás, hace sagrada toda vida; y aunque sea de un pecador, la sangre derramada siempre clama a Dios, y los que asesinan siempre son homicidas”. Por eso, siempre manifestó aborrecimiento de la displicencia de quien manda a matar. Aborreció esa banalidad del mal que se incrustó en la burocracia producto de esa nueva forma de hacer política desatada durante el siglo XX. “Se manda a matar, se paga por matar ¿Quién ha pagado? ¿Qué intereses hay detrás de esa muerte? ¡No matarás! Es terrible. Es homicida el que tortura. Nadie puede poner la mano sobre otro hombre, porque el hombre es imagen de Dios. ¡No matarás! La ley de Dios lo manda”.

El evangelio no permite el odio, ni siquiera entre los enemigos, que es el sostén de la negación de la vida del otro y de la violencia. El cristiano, no hace aquí distinción de confesiones, no tiene huella de odio ni de rencor en su alma, pues sabe que toda la justicia es de Dios. Partiendo de allí condena la violencia como inhumana y alejada de todo principio cristiano que no aúpa a perseguir, en todo caso, a ser perseguido por causa del amor. La Iglesia no opta por esos caminos de la violencia, ya que, en modo alguno, en ninguna parte ni en ningún momento de la historia, ha sido un camino hacia la paz, a menos que pensemos en la paz de los cementerios, y esa paz no es paz verdadera. Los conflictos sociales no se solventan promoviendo la violencia que son los que los generan y los multiplica. “La violencia no es cristiana, la violencia no es humana. No es contestando violentamente a la violencia como se va a arreglar la paz del mundo”. El odio es contrario al espíritu que emana de la justicia de Dios, pues es demoníaco y someterse a su poder termina por destruir a quien lo profesa. “El infierno comienza cuando se comienza a odiar”. El odio genera violencia y la violencia cuando se institucionaliza se transforma en caudal de violencia. Los gobiernos que no son capaces de responder apropiadamente a la desigualdad entre los hombres, genera injusticia social y esta su vuelve fuente de violencia y de violación de la libertad. “Si queremos que cese la violencia, que cese todo ese malestar, hay que ir a la raíz. Y la raíz está aquí: la injusticia social”.

La verdad, la libertad, la justicia entre los hombres preceden la paz y estas tienen como fuente

originaria la búsqueda en la vida diaria de la justicia de Dios que podemos ver en toda su magnitud en las bienaventuranzas. “En un ambiente cargado del pecado, en una situación social en la cual atropellan impunemente la dignidad del pobre, sofocando su libre expresión, pisoteando sus legítimas reivindicaciones, dañando su bienestar físico, moral y psicológico, en tal ambiente la Iglesia mantiene que no puede haber paz sin libertad”. No puede haber paz si no hay justicia. “La paz que podría haber, que se ha perdido, no puede venir si no hay justicia [...] No es posible construir una casa firme sin ponerla sobre un fundamento sólido. No es posible un árbol verde y vivo sin una raíz sana”. La piedra angular y principal de esa base firme, sin duda, es Cristo, su Palabra ardiente que quema corazones.

El equilibrio personal y colectivo maduran, se van definiendo y proyectando, en la medida en que se contemple seriamente, sin sensiblerías ni atajos subjetivos, el proyecto de Dios, su justicia. El hombre debería buscar comprenderse a partir del proyecto que Dios tiene para la humanidad. En eso consiste la paz, según Romero, “consiste en sintonía con el plan de Dios [...] La paz consistiría en saber lo que quiere Dios de esta sociedad, qué quiere Dios de mi vida, qué quiere Dios de la república”. Los cristianos, no importa la confesión, pero muy especialmente los católicos, no podemos admitir como opción resolver los conflictos sociales a partir de la reconciliación entre el bien y el mal, entre el amor y el odio. Se trata, como lo enseñó Romero que bebe de la fuente de la justicia de Dios, de eliminar de raíz y por completo el mal, la injusticia y el pecado. ¿Es esto posible? Creo que sí, esa es la lección que el Cristo-humano nos muestra, nos enseña. Cuando nos abrimos y permitimos, al igual que María Santísima, ser amados por el Espíritu Santo y quedar incubados por su amor, la fuerza vital del Evangelio se transforma en acciones que brotan de nuestro corazón y se manifiestan en justicia aquí y ahora. Monseñor Oscar Romero es prueba de que es posible para ti y para mí. Cristo no fue neutral frente al pecado, frente a la injusticia, frente a la violencia, pero todo fue sometido en Él por su amor, pues su amor es capaz de hacerlo todo nuevo, hasta los corazones más duros y fríos, como el del Barrabás (1950) de Pär Lagerkvist, en cuyas páginas nos desnuda a un hombre encerrado en su propia realidad edificada de espaldas a Dios y que, luego del contacto con Cristo, esa realidad comienza a ser transformada.

“Los pueblos son libres, dirá Romero, para darse el régimen que ellos quieran, pero no son libres para hacer sus caprichos”. Sin embargo, todo eso pasa, todo pasa, lo único que no pasa es el amor y por ese amor seremos juzgados por el Amor. Por ello, afirma, y no sólo de palabra, que a cada uno de nosotros Cristo nos dice que “si quieres que tu vida y tu misión fructifique como la mía, haz como yo: conviértete en grano que se deja sepultar; déjate matar –no tengas miedo. El que rehúye el sufrimiento quedará solo. No hay gente más sola que los egoístas. Pero si por amor a los otros das tu vida, como yo la voy a dar por todos, cosecharás muchos frutos. Tendrás las satisfacciones más hondas. No te tengas miedo a la muerte, a las amenazas. Contigo va el Señor”.

Amor al prójimo

“Solamente la violencia del amor, la que dejó a Cristo clavado en la cruz, la que se hace cada uno para vencer sus egoísmos y para que no haya desigualdades tan crueles entre nosotros”, eso lo decía

Mons. Oscar Romero en la homilía del 27 de noviembre de 1977 para exponer en cuál violencia sí creía. Violencia de Cristo que apuntaba a amar al prójimo como centro gravitacional de su peregrinaje por el mundo de los hombres, ya que, “el que dice que ama a Dios, pero odia a su hermano, es un embustero (1 Jn 4,20). Mons. Romero no se cansó de predicar ese amor hasta en los momentos más duros y oscuros, hasta en esos días tensos que condujeron a su muerte en el altar, ya que estaba convencido de que esa era la única fuerza que puede vencer al mundo. Por ello se asumió como constructor de esta gran afirmación que es la afirmación de Dios que nos ama y nos quiere salvar. Dios nos ama con amor tierno, profundo, infinito y eso justamente fue lo que vino a enseñar Jesucristo, rostro de la misericordia del Padre, a amar con ternura, amor íntimo, amor que nos brinda sentido, nos identifica, por eso nos llamó por nuestro nombre y le pertenecemos (Cfr. Is 43,1). Ahora bien, quién era el prójimo para Oscar Romero en ese tiempo de oscuridades que le tocó vivir.

Justamente, para Romero estaba muy claro que mientras más oscuridad se cierna sobre los hombres, con mayor claridad brilla la luz de Dios mostrando el rostro del prójimo. Paradójicamente las desigualdades entre los hombres son las que muestran la verdad del rostro del prójimo, ya que “estas desigualdades injustas, estas masas de miseria que claman al cielo, son un antisigno de nuestro cristianismo. Están diciendo ante Dios que creemos más en las cosas de la tierra que en la alianza de amor que hemos firmado con Él, y que por alianza con Dios todos los hombres debemos sentirnos hermanos... El hombre es tanto más hijo de Dios cuanto más hermano se hace de los hombres, y es menos hijo de Dios cuanto menos hermano se siente del prójimo”. Dios les ha brindado a todos los hombres que realmente desean buscarlo un camino para llegar a Él. Ese camino lo explica de manera fascinante Cristo en la parábola del buen samaritano y comprendiendo muy bien la profundidad del amor que allí se encierra para nuestros tiempos, Mons. Romero la aprovecha para decirnos que en “la parábola del buen samaritano tenemos la condenación de todo aquél que piensa honrar a Dios y se olvida del prójimo: ni el sacerdote, ni el levita, ni ningún hombre que por ir a Misa, por ir a adorar a Dios, por estar pensando en Dios se olvida de las necesidades del prójimo”. En tal sentido, el prójimo para Romero, de entrada, son todos los hombres sin distinción de ningún tipo, sin importar el mal que hayan hecho, pues, como recordaremos, el samaritano no le preguntó al herido ni quién era, ni por qué estaba en esas condiciones, nada, sólo volcó su amor, su caridad, su misericordia sobre él, de la misma manera en que funciona el amor de Dios que, como lluvia o como sol, cae sobre todos por igual.

Trató siempre de tener un corazón ancho como el de Cristo e imitarlo para poder “llamar a todos a esta palabra que salva, para que todos nos convirtamos, yo el primero, nos convirtamos a esta palabra que exhorta, que anima, que eleva”. Trató siempre hasta el martirio de enseñar el pecado que despertaba la falta de amor, gran enfermedad del mundo moderno. “Todo es egoísmo, todo es explotación del hombre por el hombre. Todo es crueldad, tortura. Todo es represión, violencia. Se queman las casas del hermano, se aprisiona al hermano y se le tortura. ¡Se hacen tantas groserías de hermanos contra hermanos! Jesús, ¡cómo sufrirás esta noche al ver el ambiente de nuestra patria de tantos crímenes y tantas crueldades! Me parece mirar a Cristo entristecido desde la mesa de su Pascua mirando a El Salvador y diciendo: y yo les había dicho que se amaran como yo los amo”. Sin embargo, siempre estuvo claro en que el amor cristiano nunca es neutral, sino parcial, y mira siempre a las víctimas de la injusticia, por ello cuestionó ardientemente el hecho de que muchos cristianos asuman posturas de neutralidad que buscan justificarse en la propia Palabra de Dios. La Palabra de Dios, así como su amor, es acción constante y permanente.

Frente a una situación de maldad y de pecado, el cristiano no puede apelar a un Cristo reconciliador con el único fin de mostrar conformismo y resignación con la situación de miseria y de empobrecimiento: “Predicación que no denuncia el pecado, no es predicación del Evangelio. Predicación que contenta al pecador para que se afiance en su situación de pecado, está traicionando el llamamiento del Evangelio. Predicación que no molesta al pecador sino que lo adormece en el pecado es dejar a Zabolún y Neftalí en su sombra de pecado. Predicación que despierta, predicación que ilumina, como cuando se enciende una luz y alguien está dormido, naturalmente que lo molesta, pero lo ha despertado. Esta es la predicación de Cristo: despertad, convertíos. Esta es la predicación auténtica de la Iglesia. Naturalmente, hermanos, que una predicación así tiene que encontrar conflicto, tiene que perder prestigios mal entendidos, tiene que molestar, tiene que ser perseguida. No puede estar bien con los poderes de las tinieblas y del pecado”.

Ahora bien, cuál es la posición que frente al pecador, frente al que violenta, frente al poseído por la maldad, recomienda Mons. Oscar Romero: firmeza, sin duda, ser firmes en defender con pasión nuestros derechos, pero esa defensa debe estar iluminada por un gran amor en el corazón, “porque al defender así con amor estamos buscando también la conversión de los pecadores. Esa es la venganza del cristiano”, ya que, siguiendo las enseñanzas de Pío XII, es a todo el mundo al que hay que salvar, salvar lo salvaje “para hacerlo humano y de humano, divino”, ya que no se trata de salvar el alma del hombre a la hora de morir, “hay que salvar al hombre ya viviendo en la historia”. No perder la perspectiva del Cristo que nos tiende la mano en medio de la tormenta y nos dice que vayamos a Él sin miedo. Ir a Él, en medio de estas oscuridades tan espesas, es comprender que “todos valemos mucho, porque somos criaturas de Dios y Dios ha hecho derroche de maravillas en cada hombre”. Por ello, con una valentía que sólo puede estar sostenida en la Verdad divina pedía a su pueblo, pisoteado, violentado, vejado, humillado, asesinado, desaparecido, traicionado, que no dejaran anidar a la serpiente del rencor en sus corazones “que no hay desgracia más grande que la de un corazón rencoroso, ni siquiera contra los que torturaron a sus hijos, ni siquiera contra las manos criminales que los tienen desaparecidos. No odien”. Los que sufren no están desaparecidos a los ojos de Dios, de la misma manera en que, los que hacen sufrir están muy presentes ante la justicia de Dios.

Para Monseñor Romero el segundo mandamiento que es el referido al amor al prójimo “vale más que todos los holocaustos y sacrificios” (Mc 12, 33). “De hecho, el que ama a su prójimo -nos recuerda san Pablo-, cumple el decálogo, los diez mandamientos, porque nadie que ama al prójimo lo daña: «En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud» (Rm 13, 9-10). El cristianismo es una religión del amor, de un amor como el de Cristo que hizo siempre lo que agradaba a Dios y amó a los hombres hasta dar la vida por ellos, hasta su última gota. San Pedro resume Tu vida, Jesús, diciendo «pasó haciendo el bien» (Hch 10, 38)”. Esta es la autenticidad del cristiano y es por ello que esa autenticidad siempre se prueba en la hora difícil. “Se llama hora difícil, dirá Monseñor, porque en esa hora es muy difícil vivir como auténtico seguidor del único Señor, porque es mucho más fácil quedarse siguiendo a los muchos «señores» fáciles, que se han erigido en ídolos de la hora”. En estas y tantas horas difíciles, qué necesaria resulta una conciencia dócil a la verdad del Señor. En todas las horas difíciles que no permiten distinguir el amor

que en nosotros hay para ser derramado en los otros, “es necesaria la oración unida a una auténtica voluntad de conversión. Una oración que, desde la intimidad de Dios, aisle del barullo confuso de las conveniencias superficiales de la vida; una voluntad de conversión que no tema perder «prestigios» ni privilegios, que no tema cambiar de modo de pensar cuando se cae en cuenta de que Cristo exige un nuevo modo de pensar más acorde con su evangelio”.

La oración es una guía extraordinaria para no perder de vista el amor que nos orienta verdaderamente al prójimo en medio de la tormenta, que no permite que nos distanciamos de la verdad que arde en todos, aunque nuestras conductas sean terribles, espesas y criminales. La oración permite al hombre comprender con claridad la profundidad del perdón que, en modo alguno, guarda relación con cualquier resquicio de impunidad. Orar, decía Santa Teresa de Lisieux, significa dar un salto de corazón hacia Dios; un grito de amor agradecido desde la cima de la alegría o desde el fondo de la desesperación; es una fuerza inmensa, sobrenatural que me abre el corazón y me une a Jesús”. “La oración, decía Romero, es la cumbre del desarrollo humano. El hombre no vale por lo que tiene, sino por lo que es. Y el hombre es, cuando se encara con Dios y comprende qué maravillas ha hecho Dios consigo. Dios ha creado un ser inteligente, capaz de amar, libre”. Orar abre caminos en el hombre para aprender a abrirse a los hombres, para poder tasar su valor desde la perspectiva de Cristo que no mira al pecador, sino al pecado y sobre él actúa desde el amor. Esa perspectiva de Cristo que, lacerado por el dolor, se atrevió a pedir perdón por quienes desmembraban sus carnes. Ese amor que ya nos habla del perdón para el cual todo tiempo es oportuno. Lo sabía muy bien Romero: “Yo comprendo que es duro perdonar después de tantos atropellos; y sin embargo, esta es la palabra del Evangelio: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y persiguen, sed perfectos como vuestro Padre celestial, que hace llover su lluvia e iluminar con su sol a los campos de los buenos y de los malos». Que no haya resentimientos en el corazón”. Amor de Dios que no deja que el hombre se desanime aunque el horizonte de la historia parezca oscurecerse y cerrarse, como si las realidades humanas hicieran imposible la realización de los proyectos de Dios. “Dios se vale hasta de los errores humanos, hasta de los pecados de los hombres para hacer surgir sobre las tinieblas lo que ha dicho Isaías”: una gran luz. Una gran luz que permite ver, en medio de cualquier oscuridad humana, a Cristo en el corazón de todos los hombres diciéndonos: Ven, no tengas miedo.

A modo de conclusión: su última Navidad

En mayo de 2015, el Papa Francisco envió una carta a Mons. José Luis Escobar Alas, Arzobispo de San Salvador y Presidente de la Conferencia Episcopal de El Salvador, por la beatificación de Mons. Oscar Romero, en la que afirma que el Prelado salvadoreño es semilla de reconciliación. Monseñor Romero nos invita a la cordura y a la reflexión, al respeto a la vida y a la concordia, escribe el Papa. Su recuerdo es una constante exhortación a renunciar a la violencia de la espada, la del odio, y vivir “la violencia del amor, la que dejó a Cristo clavado en una cruz, la que se hace cada uno para vencer sus egoísmos y para que no haya desigualdades tan crueles entre nosotros”. No hizo otra cosa Mons. Romero que hacer un llamado comprometido con el Evangelio y la Iglesia a convertirnos para que Cristo mire nuestra fe y se apiade de nosotros. Su llamado constante fue a la conversión y a la comprensión de que de nada sirven los capitales, la política y el poder si el hombre está desasistido del amor supremo. Hoy, mirando con esperanza al próximo año, traigo a la dinámica social aquella última homilía de su última

Navidad entre nosotros.

Reunidos en la Catedral aquel ya lejano 24 de diciembre de 1979, Mons. Romero felicitaba a su pueblo, no sólo por ser noche de Navidad, sino por la valentía que los sobrecogía de estar allí, en ese momento, “mientras muchas gente tiene miedo y cierra sus puertas y hasta muchos de nuestros templos se dejan vencer de la psicosis, la Catedral abierta es imagen de una confianza y de una esperanza en el Redentor que nos nace”. Esa actitud de entrega y de abandono a Dios es lo que significa para Romero la vivencia de lo que debe ser la Navidad. “En medio del mundo y no obstante los peligros, las vicisitudes, las psicosis, los miedos, hay esperanza, hay alegría. Y no es un simple fingir como una valentía sin razón y sin sentido, sino que hay la profundidad de una realidad que anida en el corazón de la Iglesia y que debe ser el motor poderoso de la vida de todo cristiano”. Me atrevo a asegurar que esa valentía de los reunidos esa noche, esa valentía del pueblo que acompañó siempre a Mons. Romero, de alguna manera, alimentó la valentía que caracterizó sus actos los últimos años de su vida. Valentía del pastor y de su rebaño, valentía que viene de lo alto cuando nos hallamos en apertura si reservas a la alegría del Evangelio. Nos agotamos en resaltar el valor de un sacerdote hecho mártir por odio a la fe y nos olvidamos del coraje y la valentía de un pueblo que sufrió también al extremo, que también consagró su martirio, que también luchó bajo el amparo del amor de Cristo.

Aquella homilía giró en torno a tres puntos que él mismo esquematizó de la siguiente manera: el ángel dice a los pastores “os anuncio una gran noticia: os ha nacido un salvador”; dicen los ángeles a los pastores “esta será la señal: lo encontraréis envuelto en pañales sobre un pesebre”; y la multitud de ángeles que baja cantando: “gloria a Dios en los cielos”. El primero de los puntos resaltados nos recuerda que hoy se introduce en la historia un principio de novedad, de renovación, de noticia siempre eterna. El segundo nos ubica antropológicamente frente a un Dios que se envuelve en la miseria humana para brindarle sentido divino al dolor y al sufrimiento. El tercero es la invitación que Cristo viene a hacer a los hombres: “de que el hombre tiene un destino junto a la gloria de Dios y que por eso su vida tiene que ser optimista y nunca debe flaquear”. Repaso estas líneas y siento como si, desde las intimidades de aquella noche, seguramente tensa en la Catedral, Mons. Romero levantara la mirada, por la gracia de Dios, sobre el tiempo y el espacio y nos hablara directamente a nosotros hoy.

Sí, abrazado a la voz del ángel, nos dice que nos tiene una gran noticia: nos ha nacido un salvador. He aquí a Dios poniendo un injerto en un tronco que muere, de eso se trata esta noticia, esta gran noticia que renueva permanentemente a los hombres. En esa renovación se centra toda la alegría de la Navidad. “Sí buscáramos una explicación profunda a la alegría Navideña que muchos viven y la mayoría no comprende, aquí está la razón de nuestra alegría de Navidad: «en el mundo se ha puesto una novedad». Siempre es nueva la Navidad, siempre es noticia. Todas las noches de Navidad, aunque ya hayan pasado veinte siglos, el ángel sigue sintiéndolo como la gran noticia: «Os anuncio una gran nueva». ¡El mundo se renueva por este germen que se ha injertado en la historia!”. Si lográramos asimilar esta noticia, esta realidad haciéndola vivencia, testimonio, confianza, seguridad, qué diferente podría ser todo. “Y que a nuestro alrededor en vez de inspirar pesimismo, tristeza, psicosis, miedo, inspiráramos más bien la confianza del ángel: ¡Anuncio una gran noticia! Aunque vengan todas las catástrofes, hay renovación.

Dios ha venido y el Espíritu de Dios hace nuevas todas las cosas”. No sedamos ante el temor. Nos ha nacido un Salvador. Esta noticia nos dice que lo que podría parecer un callejón sin salida, el Señor lo ha marcado con una señal de esperanza. Este día, estos días son “para vivir el optimismo de que no sabemos por dónde pero Dios sacará a flote nuestra Patria, y en la nueva hora estará siempre brillando la gran noticia de Cristo que hace nuevas todas las cosas”.

Con los ángeles, Monseñor Romero también nos recuerda que a ese Salvador lo hallaremos envuelto en pañales sobre un pesebre. Dios que se vacía de toda su gloria para aparecer esclavo y dejarse luego crucificar y ser sepultado como un ladrón. “No busquemos a Cristo entre las opulencias del mundo, entre las idolatrías de la riqueza, entre los afanes del poder, entre las intrigas de los grandes. Allí no está Dios. Busquemos a Dios con la señal de los ángeles: reclinado en un pesebre, envuelto en los pobres pañales que le pudo hacer una humilde campesina de Nazaret, unas mantillitas pobres y un poco de zacate como descanso del Dios que se ha hecho hombre, del Rey de los siglos que se hace accesible a los hombres como un pobrecito niño”. Cristo ha vuelto a nacer y lo ha hecho en las pobres camas donde duermen arrullados por el hambre los cientos de niños desnutridos, los cientos de niños enfermos, los cientos de niños marginados, acompañados sólo por el llanto y las oraciones de sus madres y la angustia atorada en la garganta de sus padres. No todo es alegría, hay mucho sufrimiento, hay muchos hogares destrozados, hay mucho dolor, hay mucha pobreza y todo eso lo asume Cristo por estos días. “Hermanos, dice Mons. Romero, todo eso no lo miremos con demagogia. El Dios de los pobres ha asumido todo eso y le está enseñando al dolor humano el valor redentor, el valor que tiene para redimir al mundo la pobreza, el sufrimiento, la cruz. No hay redención sin cruz. Pero esto no quiere decir un pasivismo de nuestros pobres, a los que hemos mal adoctrinado cuando les decimos: «Es voluntad de Dios que tú seas pobre, marginado y no tienes más esperanza». ¡Eso no! Dios no quiere esa injusticia social; pero, sí, una vez que existe se da como un tremendo pecado de los opresores, y la violencia más grande está en ellos que privan de felicidad a tanto ser humano y que están matando de hambre a tanto desnutrido. Dios reclama justicia pero le está diciendo al pobre como Cristo al oprimido, cargando con su cruz: salvarás al mundo si le das a tu dolor no un conformismo que Dios no quiere, sino una inquietud de salvación si mueres en tu pobreza suspirando por tiempos mejores haciendo de tu vida una oración y acuerpando todo aquello que trata de liberar al pueblo de esta situación”.

Pese a ello, se une al coro de ángeles para cantar gloria a Dios en los cielos. Al repetir estas líneas estamos diciendo que no podemos seguir absolutizando las riquezas, pero tampoco la lucha, el partido, la organización, pues nada “tiene valor absoluto en esta tierra, todo es relativo frente al único Absoluto, el que debe de robar la gloria de todos los hombres hacia Dios. Lejos de nosotros todo orgullo, toda soberbia, querer endiosar algo o alguien en esta tierra, lejos de nosotros [...] No se hace otra cosa más que la voluntad de Dios. Y dichoso el hombre que sabe sintonizar en todos los momentos de su vida con esa voluntad del Padre. Esos son los héroes, esos son los santos, esos son los inmortales, esos son los felices, los que saben recoger el mensaje de Navidad cantando al único Dios y ordenando su vida a la gloria del único Dios: «¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos!»». Hasta allá se encumbra mi vida cuando le doy ese sentido a mis acciones por más humildes que sean”.

Estos fueron los tres puntos que Monseñor Oscar Romero resaltó aquella noche del 24 de diciembre de 1979 a su pueblo salvadoreño y que, como podemos notar con mucha claridad, son palabras

que muy bien pueden hacer nido en la realidad de nuestro país agobiado y maltratado por la ignominia, la ignorancia y la violencia. Sin embargo, así como aquella noche, también hoy debemos recordar que nos ha nacido un Salvador, que nace todos los días y lo hará hasta el final de los tiempos. Un Salvador que espera por nuestra conversión para entrar nuevamente en la historia de los hombres. Esos son los pensamientos de Oscar Romero que rescato para que intentemos vivirlos en el corazón de nuestra cotidianidad y encontrar en ella el secreto de la alegría: “el Niño que trajo novedad a la historia, a nuestra vida, a todo lo que es vida y naturaleza. El Niño que se envolvió en pañales y nació en un pesebre para darle sentido a la pobreza, al dolor, al sufrimiento. Y el Niño es cuya cuna recuerda todos los hombres el destino de todos los hombres, la gloria de Dios en lo más alto del cielo”.

Laus Deo. VirginiqueMatri. Pax et Bonum